

Se recordaba que siendo simple tribuno, Mario, con gran admiracion de la aristocracia y sin consultar al Senado, habia propuesto una ley que tendia á reprimir las solicitudes de empleos en los comicios y los tribunales. Uno de los Metelos habia dirigido en seguida un rudo ataque á la ley y al tribuno, y propuesto citar á Mario para que diese cuenta de su conducta. Enterado de ello Mario habia entrado en el Senado, habia mandado á los lictores llevar preso á Metelo y los lictores habian obedecido.

La guerra de Yugurta se hacia con lentitud. Mario acusó á Metelo de eternizar aquella guerra, y se comprometió, si se le nombraba cónsul, á coger á Yugurta ó á matarlo por su propia mano. Obtuvo el consulado y el mando de la guerra, y batió á Bocco y á Yugurta. Bocco no quiso perderse con su yerno y lo entregó. Sila lo recibió de manos del rey more

y en seguida lo puso en las de Mario. Pero Sila hizo grabar en su anillo la extradicion del rey de los numidas, y con aquel anillo—cosa que no le perdonó nunca Mario—sellaba no solo sus cartas particulares, sino tambien las públicas.

Una vez muerto Sertorio, la guerra de España quedó terminada. Pompeyo condenó á muerte á Perpenna, lo hizo ejecutar y mandó quemar, sin leerlos, todos sus papeles, temiendo hubiese entre ellos algunos que comprometiesen á algun noble romano.

Quedaba la guerra de Espartaco.

VII

¿Recordais el hombre que se halla en el jardín de las Tullerías, con los brazos cruzados, teniendo en una mano una espada y en la otra una cadena rota?

Es Espartaco.

Hé aquí en algunas líneas la historia de ese héroe.

Era ya un lujo de gran señor en la época á que hemos llegado, tener gladiadores propios. Ciertamente Batacio tenia una escuela de ellos en Cá-

pua. Doseientos de estos resolvieron fugarse. Desgraciadamente el complot fué descubierto; pero setenta, avisados á tiempo, invadieron una fonda, se armaron de cuchillos, trinchantes y asadores, y salieron de la ciudad. En el camino encontraron un carro lleno de armas del circo. Eran precisamente las que ellos estaban acostumbrados á usar; se apoderaron de ellas, se hicieron dueños de una fortaleza y eligieron tres gefes, un general y dos tenientes.

El general era Espartaco.

Veamos ahora si era digno de aquel peligroso honor.

Tracio de nacion, pero de raza n mida, fuerte como Hércules, valiente como Teseo, unia   esas supremas cualidades la prudencia y la dulzura de un griego.

Conducido   Roma para ser vendido all , en un descanso del camino y mientras dormia, una serpiente, sin despertarlo ni morderlo, se le enred  al rededor de la cabeza. Su mujer estaba versada en el arte de la adivinacion, y vió en aquel accidente un presagio de fortuna; segun ella, aquel signo prometia   Espartaco un poder tan grande como temible, pero que debia acabar desdichadamente.

Ella lo excitó   la fuga, y huyó con él resuelta   compartir su buena   mala suerte.

Cuando se supo la revuelta de los gladiadores, se

enviaron tropas contra ellos. Los gladiadores combatieron, vencieron   los soldados y se apoderaron de sus armas; aquellas eran armas militares, honrosas y no humillantes como las suyas de gladiadores; las cuales arrojaron lejos de sí.

La cosa era ya seria. Se mandaron nuevas tropas de Roma, mandadas por Plubio Clodio, que pertenecia   la rama Pulcher de la familia Claudia;—ya se sabe que *Pulcher* quiere decir *hermoso*.—Clodio no desmentia su raza. Ya hablaremos mas tarde de su belleza como amante; ahora no nos ocupamos de él sino como general.

Como general no fué afertunado. Tenia tres mil hombres   sus órdenes, y cerc    los gladiadores en su ciudadela, guardando el único paso por donde podian salir. Por todos los demas no habia sino rocas talladas   pico, cubiertas de cepas de vid. Los gladiadores cortaron los sarmientos, que, como se sabe, son fibrosos y tienen la solidez de una cuerda,   hicieron con ellos escalas, por las cuales bajaron todos, escepto uno que quedó arriba para arrojarles las armas. De modo que, cuando los romanos ereian completamente cercados   sus enemigos, estos los atacaron de repente por la espalda, dando furiosos gritos. Los romanos emprendieron al momento la fuga; eran hombres   quienes se podia turbar fácilmente con

una sorpresa; italianos, y por lo tanto impresionables y nerviosos.

El campamento quedó abandonado y en poder de los gladiadores.

El ruido de la victoria se esparció con rapidéz y todos los pastores y vaqueros de los alrededores corrieron á unirse á los rebeldes. Era un buen refuerzo de tunos ágiles y robustos. Les dieron armas y formaron con ellos cuerpos de exploradores y de tropas ligeras.

Roma expidió en seguida otro general, Publio Varsicio, que no fué mas feliz que el primero. Espartaco empezó por batir uno tras otro á su teniente y á su colega Casinio y acabó por batirlo á él mismo, cogiéndole hasta sus lictores y su caballo de batalla.

Desde entonces la marcha de Espartaco fué una serie de victorias. Su plan era muy prudente; trataba de ganar los Alpes, descender á las Galias y desde allí retirarse cada uno á su casa.

Gelio y Léntulo fueron enviados contra él.

Gelio batió un cuerpo de germanos que formaban banda aparte; pero Espartaco, á su vez, batió á los tenientes de Léntulo, se apoderó de todo su bagaje y continuó su marcha hácia los Alpes.

Casio le salió al encuentro con diez mil hombres: el combate fué largo y porfiado; pero Espartaco pa-

só por encima de él y de su ejército y prosiguió su camino, siempre en la misma direccion.

El Senado, indignado, depuso á los dos cónsules y envió á Craso contra el invencible.

Craso fué á acampar en el Picenum, para esperar allí á Espartaco, haciendo al mismo tiempo dar un rodeo á las dos legiones que mandaba Mummio, su teniente, á fin de que siguiesen á los gladiadores, si bien con prohibicion de combatirlos.

Lo primero que hizo Mummio, á pesar de lo expuesto, fué presentar batalla á Espartaco.—Cada gefe creía que le estaba reservado el honor de vencerlo, como sucedió en nuestra época con Abd-el-Kader.

Espartaco desbarató las dos legiones de Mummio. Tres ó cuatro mil hombres fueron muertos y el resto se salvó arrojando las armas para huir mas aprisa.

Craso diezmó á los fugitivos. Cogió á los primeros quinientos que habian dado el grito de *sálvese el que pueda*, los dividió en cincuenta decenas, les hizo echar suertes y en seguida mandó ejecutar á aquel de cada decena á quien habia tocado la mala.

Espartaco habia atravesado la Lucania y se retiraba hácia el mar. En el estrecho de Messina tropezó con los famosos piratas que se encontraban de todos lados, y de los cuales hemos hablado ya á propósito de su aventura con César.

Espartaco creyó que entre piratas y gladiadores sería fácil entenderse. En efecto, celebraron un acuerdo en virtud del cual los primeros se comprometieron á trasportar dos mil de los segundos á Sicilia. Se trataba de volver á encender allí la guerra de los esclavos, terminada hacia poco tiempo. Pero los piratas cogieron el dinero de Espartaco y lo dejaron con sus hombres en la orilla del mar; visto lo cual, Espartaco fué á acampar en la península de Regium.

Craso lo siguió allí.

Trazó una línea de trescientos estadios, que era el ancho de la península, y la convirtió en trinchera; despues construyó junto á ella un muro alto y grueso.

Espartaco empezó por reirse de aquellos trabajos y acabó por cogerles miedo. No esperó que se acabaran. Una noche que nevaba llenó el foso con faginas, ramas de árboles y tierra, é hizo pasar la tercera parte de su ejército.

Craso creyó al pronto que Espartaco marchaba sobre Roma; pero en seguida se tranquilizó viendo á sus enemigos separarse.

Era que comenzaba la discordia entre Espartaco y sus tenientes.

Craso atacó á estos y empezaba ya á arrollarlos cuando apareció Espartaco y le hizo soltar la presa.

Asustado de la derrota de Mummio, Craso habia

escrito que se llamase á Lúculo de Tracia y á Pompeyo de España para que fuesen á auxiliarlo. Llegado al punto que hemos indicado comprendió su imprudencia. Cualquiera de los dos que se presentase pasaria por el verdadero vencedor y le arrebataria la recompensa de la victoria.

Resolvió, pues, vencer solo.

Cármino y Casto, tenientes de Espartaco, se hablan separado de su gefe. Craso creyó que debia empezar por batirlos antes que á este y envió al efecto seis mil hombres á apoderarse de un puesto ventajoso. Los romanos para no ser percibidos habian cubierto sus cascos con ramas de árboles, como hicieron mas tarde los soldados de Duncan. Desgraciadamente dos mujeres que hacian sacrificios por los gladiadores á la entrada del campamento, vieron el bosque movable y dieron la voz de alarma. Cármino y Casto cayeron al punto sobre los romanos, á los cuales hubieran aniquilado si Craso no hubiese mandado en su auxilio el resto del ejército.

Doce mil trescientos gladiadores quedaron en el campo de batalla.—Fueron contados escrupulosamente y se examinaron sus heridas.—Solo diez habian sido heridos por la espalda.

Despues de tal carnicería hecha en su ejército ya no le era posible á Espartaco sostenerse en campo abierto. Trató, pues, de batirse en retirada hácia

las montañas de Peteléea. Craso lanzó sobre sus pasos á Escrofos su cuestor, y á Quinto su teniente.

Espartaco se volvió contra ellos, como un javalí contra los perros, y los batió y puso en fuga.

Aquella victoria lo perdió: sus soldados declararon que querian combatir; rodearon á los gefes y los llevaron consigo contra los romanos.

Era precisamente lo que deseaba Craso; acabar con ellos á cualquier costa.

Acababa de saber que se acercaba Pompeyo.

El, á su vez, se acercó lo mas que pudo al enemigo.

Un dia que hacia abrir una trinchera, los gladiadores vinieron á escaramucear con sus hombres; el amor propio se mezcló en el asunto, y de ambos lados empezaron á salir refuerzos; el combate se trabó y á cada instante acudian á él nuevos combatientes. Espartaco se vió obligado á empeñar la batalla.

Era justamente lo que deseaba evitar.

Obligado á pelear contra su voluntad hizo traer su caballo, sacó la espada y se la hundió en el cuello.

El animal cayó.

—¿Qué haces? le preguntaron.

—Si salgo vencedor, contestó, no me faltarán caballos; si quedo vencido no necesitaré ninguno. Y

se lanzó en seguida entre los romanos, buscando á Craso, aunque sin poderlo hallar.

Dos centuriones se echaron sobre él y á ambos los mató.

En fin, habiendo huido todos los suyos, él quedó peleando solo, como habia prometido, y se hizo matar sin retroceder un paso.

Pompeyo llegaba en aquel momento. Los restos del ejército de Espartaco fueron á tropezar con él y los exterminó.

Desde entonces, como habia previsto Craso, Pompeyo fué quien tuvo el honor de la derrota de los gladiadores, aunque solo habia llegado despues de dicha derrota.

Por lo que hace á Craso en vano regaló al pueblo el diezmo de sus bienes, en vano hizo servir en el Forum diez mil mesas llenas de manjares, en vano distribuyó diariamente á cada ciudadano una medida de trigo por espacio de tres meses; necesitó la proteccion de Pompeyo para alcanzar el consulado al par de él, y aun así solo fué nombrado cónsul segundo.

Ademas de eso Pompeyo obtuvo el triunfo y él solo la ovacion.

Como hemos dicho, la fortuna favorecia á Pompeyo.

Metelo le habia preparado su victoria sobre Ser

torio. Craso habia hecho mas todavía; le habia vencido á Espartaco.

Y en los gritos de triunfo del pueblo ni siquiera se mentaba á Metelo ni á Craso, solo sonaba el nombre de Pompeyo.

Despues habia venido la guerra de los piratas.

Ya hemos dicho qué poder habian alcanzado.

Era preciso destruirlos por completo.

A Pompeyo fué á quien se le dió el encargo.

Su triple victoria sobre Lépido, sobre Sertorio y sobre Espartaco habia hecho de él la espada de la República.

A Craso ni siquiera se le juzgaba digno de ser su teniente. ¡Pobre Craso! Era demasiado rico para que se le hiciera justicia.

Los caballeros eran los que mas habian sufrido con la ocupacion del mar por los piratas, pues tenian en sus manos todo el comercio de Italia. La interrupcion de las transacciones estaba á punto de arruinarlos. Su única esperanza era Pompeyo.

Así pues, á pesar del Senado, lo hicieron dueño del mar, desde la Cilicia hasta la columna de Hércules, con poder omnímodo sobre las costas á la distancia de veinte leguas. En esas veinte leguas tenia derecho de vida y muerte.

Ademas podian tomar en las cajas de los cuesto-

res y publicanos todo el dinero que quisiera para construir quinientos buques.

Tenia facultad para alistar, segun su voluntad, su deseo ó su capricho, soldados, marineros y remeros.

Todos esos medios y facultades se le daban con la sola condicion de que ademas de acabar con los piratas destruiria á Mitrídates.

Aquello pasaba sesenta y siete años antes de Jesucristo; César tenia entonces treinta y tres.

Pompeyo redujo á los piratas en tres meses, gracias á los inmensos recursos que se le confiaron.

Aunque, á la verdad, la obra de destruccion se efectuó mas bien por la persuasion que por la fuerza.

Quedaba Mitrídates.

Este le hizo el favor de matarse á una simple orden de su hijo Farnaces, en el momento en que Pompeyo, despues de haber sometido la Judea, iba á emprender contra los árabes una de las guerras mas imprudentes.

Hé ahí quien era Pompeyo. Pasemos ahora á Craso.

VIII

Marco Sicinio Craso fué apellidado en su época *Dives*, ó el Rico, del propio modo que en nuestros dias se da á mas de un rico el nombre de Craso; ese nombre nos ha sido trasmitido por la antigüedad romana como un tipo de la avaricia.

Habia nacido ciento quince años antes de Jesucristo y tenia por lo tanto quince mas que César.

Amenazado por la faccion de Mario á causa de sus riquezas, huyó á España el año ochenta y cinco antes de Jesucristo. Dos años despues, habiendo muerto Mario y triunfado Sila, Craso volvió á Roma.

Instado por Cinna y el jóven Mario, Sila trató de utilizar á Craso, enviándole á alistar tropas entre los marsos.—Estos eran los suizos de la antigüedad: “¿Cómo triunfar de los marsos ó sin los marsos?” decian los romanos.

Sila, pues, enviaba á Craso á reclutar soldados entre aquella gente.

—Para pasar á través de las partidas enemigas, necesito una escolta, dijo Craso.

—Te doy para que te escolten, le contestó Sila, las sombras de tu padre, de tu hermano, de tus parientes y de tus amigos asesinados por Mario.

Craso pasó sin novedad.

Pero así como habia pasado solo, creyó que podria aprovecharse, solo tambien, del fruto de su accion; formó un ejército, y con él asaltó y saqueó una ciudad de la Umbría.

Aquella expedicion aumentó su fortuna, ya considerable, en seis ó siete millones.

El mismo Craso, sin manifestar el monto de dicha fortuna, indicaba á la que aspiraba.

—Nadie puede jactarse de ser rico, decia, si no puede sostener un ejército.

La noticia de aquel saqueo llegó hasta Sila, que no era muy escrupuloso en el particular; á pesar de eso, esperimentó cierta prevencion contra Craso y desde entonces prefirió á Pompeyo.

A partir de aquel momento, Pompeyo y Craso fueron enemigos.

Sin embargo, Craso iba á prestar un servicio á Sila, mucho mas grande que todos los que le habia prestado nunca Pompeyo.

Los samnitas, guiados por su gefe Telesino, habian avanzado hasta las puertas de Roma; su paso

á través de la Italia estaba marcado por un ancho rastro de sangre. Sila les habia salido al encuentro con su ejército; pero al chocar con aquellos terribles pastores, su ala izquierda habia sido derrotada y él se habia visto obligado á batirse en retirada hácia Prenesta. Se hallaba en su tienda, casi en la situacion de Eduardo III, la víspera de la batalla de Crecy, mirando ya como perdida la cosa, y tratando de salir del paso aunque solo fuera salvando la vida, cuando le anunciaron un correo de Craso.

Lo recibió distraidamente; pero á las primeras palabras del correo, su distraccion se convirtió en una atencion profunda.

Craso habia caido sobre el ejército samnita, que se hallaba en el desorden de la victoria, habia matado á Telesino, hecho prisionero á Educto y Censorino, sus tenientes, y perseguia al ejército en derrota hácia Antemnas.

Sila habia olvidado ese servicio. Craso hizo que Roma lo recordase.

Habiendo desplegado cierta destreza en el uso de la palabra,—ya hemos visto el aprecio que los romanos hacian de los oradores,—obtuvo la pretura y despues el mando de la guerra contra Espartaco. Arriba hemos visto como esa guerra concluyó.

Dicha conclusion no lo reconcilió con Pompeyo.

Pompeyo habia soltado sobre el particular una fra-

se que Craso habia guardado en lo profundo de su corazón.

—Craso ha triunfado de los rebeldes, habia dicho, pero yo he triunfado de la rebelion.

Despues habia venido el triunfo de Pompeyo y la ovacion de Craso.

Roma era entonces injusta con el saqueador, el publicano, el millonario; y verdaderamente hacia bien.

Ademas, su avaricia repugnaba. Se contaba de él cierta anécdota que nos ha trasmitido Plutarco, y que hacia reir á todo el mundo.

Craso tenia un sombrero de paja colgado en un clavo de su antesala, y como le gustaba mucho la conversacion del griego Alejandro, cada vez que lo llevaba consigo al campo le daba dicho sombrero, el cual le volvia á quitar cada vez que regresaba á la ciudad.

Más feliz que en su vaticinio respecto de César, Ciceron decia de Craso, á propósito de esa anécdota:

—Un hombre así no será jamás dueño del mundo.

Pasemos á Ciceron, que por un instante fué dueño del mundo, puesto que por un instante fué dueño de Roma.

Su nacimiento era mas que oscuro; casi todos están acordes en decir, que su madre, Helvia, era de familia noble; mas, respecto á su padre, nunca se ha

sabido á ciencia cierta qué oficio tenia. La opinion mas acreditada es, que el gran orador, natural de Arpinum, patria de Mario, era hijo de un tundidor; otros pretenden que de un hortelano. Algunos han tenido la idea, y aun quizá él tambien la tuvo, de poner en el número de sus abuelos á Tulio Atico, que reinó sobre los volscos; pero ni sus amigos ni él mismo parecen haber insistido sobre el particular.

Se llamaba Marco Tulio Cicero.—Marco era su nombre personal, el que los romanos acostumbraban poner á los niños á los seis dias de nacer; Tulio era su nombre de familia, el cual significaba arroyo en la antigua lengua romana; en fin, Cicero era el sobrenombre de uno de sus antepasados que habia tenido en la nariz una berruga parecida á un garbanzo,—lo *cicer*;—de ahí el nombre de Cicero, que nosotros hemos convertido en Ciceron, ampliéndolo á nuestro idioma.

“Quizá ese nombre de Cicero, dice Middleton, proviene de alguno de sus antepasados, hortelano, citado por su habilidad en el cultivo de los garbanzos.”

Esa opinion destruiria la de Plutarco, que dice:

“Preciso es que el primero de esa familia que haya llevado el sobrenombre de Cicero, fuese un hombre notable, para que sus descendientes tuviesen empeño en conservarlo.”

Como quiera que fuera, Ciceron no quiso cambiarlo nunca, y en una ocasion contestó á sus amigos, que le instaban para que lo hiciera, á causa de que, en cierto modo, tenia de ridiculo:

—No; conservaré mi nombre de Ciceron y lo haré mas glorioso que los de Escauro y Cátulo.

Y cumplió su palabra.

Preguntad de repente á un hombre de mediana instruccion quiénes eran Cátulo y Escauro y de seguro que titubeará al contestaros.

Preguntadle quién era Ciceron, y os responderá en seguida: “El orador mas grande de Roma, llamado así porque tenia un garbanzo encima de la nariz.”

Acertará respecto al talento; pero se engañará en lo del garbanzo, pues era el abuelo de Ciceron, y no él, quien se hallaba adornado de la tal excrecencia carnosa. Y aun hay todavía quien pone en duda si era garbanzo ó chícharo: véase si no á Middleton.

Ciceron por su parte estaba en extremo aferrado á su garbanzo.

Siendo cuestor en Sicilia ofreció á los dioses un vaso de plata, en el cual hizo inscribir sus dos primeros nombres: *Mario y Tulio*; pero en lugar del tercero hizo grabar un garbanzo.

Es probablemente el primer geroglífico conocido.

Ciceron habia nacido ciento seis años antes de

Jesucristo, el tercer día del mes de Enero; tenía por lo tanto la misma edad que Pompeyo, y como él, seis años mas que César.

Cuentan que un día se apareció un fantasma á su nodriza, y le dijo que el niño que criaba seria con el tiempo el apoyo de Roma.

Probablemente aquella aparicion fué la que le dió tanta confianza en sí mismo.

Muy niño todavía compuso un poemita intitulado: *Poncio Glauco*; pero, como casi todos los grandes prosadores, era un poeta muy mediano, al contrario de los grandes poetas, que son casi siempre excelentes prosadores.

Terminados sus estudios se dedicó á la elocuencia, recibiendo lecciones de Philon, y despues á las leyes, en las cuales lo instruyó Mucio Escævola, hábil jurisconsulto y el primero entre los senadores; luego fué á servir, á las órdenes de Sila, en la guerra de los marsos, á pesar de ser poco belicoso.

Sin embargo, empezó su carrera con un acto de valor, pero de valor civil, el cual no debe confundirse con el valor militar.

Un liberto de Sila, llamado Crisógono, acababa de hacer poner en venta los bienes de un ciudadano muerto por el dictador, y el dictador mismo los habia comprado por dos mil dracmas.

Roscio, hijo y heredero del muerto, probó que la

herencia valia doscientos talentos, esto es, doscientos sesenta y dos mil quinientos pesos.

Sila, pues, aparecia convicto del propio crimen que se reprochaba á Craso; pero no era hombre que entregaba la carta fácilmente. Acusó á su vez al jóven de parricidio, y dijo que si el padre habia muerto habia sido por instigacion del hijo.

Roscio, acusado por Sila, se vió abandonado de todo el mundo.

Entonces los amigos de Ciceron le hicieron acometer su primera empresa; si defendia á Roscio y ganaba su proceso su reputacion estaba hecha.

Ciceron defendió al acusado y triunfó.

No debe confundirse á este Roscio con su contemporáneo Roscio el actor, al cual defendió tambien Ciceron contra Fannio Cherea; el individuo de quien ahora hablamos se llamaba Roscio Americo, y ha llegado hasta nuestros dias la defensa que de él hizo.

El mismo día que ganó aquel proceso salió Ciceron para Grecia, so pretexto de cuidar su salud. En efecto, estaba tan delgado, que parecia ser él mismo el fantasma que se apareció á su nodriza; tenia el estómago débil, y no podia comer sino de tarde en tarde y poco. Sin embargo, tenia la voz llena y sonora, aunque ruda y poco flexible, y como llegaba

hasta los tonos mas elevados, siempre estaba en extremo fatigado despues de sus discursos, al menos en su juventud.

Llegado á Atenas estudió con Antioco el Ascalonita, y despues pasó á Rodas, donde le hemos visto encontrarse con César.

En fin, muerto Sila, habiendo mejorado su constitucion, volvió á Roma á instancias de sus amigos despues de haber visitado el Asia y seguido las lecciones de Xenocles de Adramitta, de Dionisio de Magnesia y de Menippo el Cario.

En Rodas habia alcanzado un triunfo tan grande como inesperado.

Apolonio Molon, con el cual estudiaba, no hablaba la lengua latina, mientras Ciceron, por el contrario, sí la lengua griega.

Queriendo tener á primera vista una idea de lo que podia hacer su futuro discípulo, Molon le dió un texto y le suplicó que improvisase en griego. Ciceron accedió gustoso; era un buen modo de perfeccionarse en un idioma que no era el suyo. Empezó, pues, rogando á Molon y á los demas circunstantes que le hicieran notar las faltas que cometiese, á fin de que, conociéndolas, las pudiese corregir.

Cuando hubo concluido los oyentes prorumpieron en aplausos.

Solo Apolonio Molon, que durante todo el tiempo

que Ciceron habia estado hablando no habia dado ninguna señal de aprobacion ni de desaprobacion, permaneció pensativo.

Ciceron, inquieto, le instó para que le dijera su parecer,

—Te elogio y te admiro, jóven, le contestó; pero compadezco la suerte de la Grecia, viendo que vas á trasplantar á Roma las únicas ventajas que nos quedaban: la elocuencia y el saber!

De regreso en Roma tomó lecciones de Roscio el actor y de Esopo el trágico, reyes ambos de su arte en aquella época.

A aquellos dos maestros debia la perfeccion de su diction á que habia llegado, y que era su mayor poder.

Elegido cuestor, habia sido enviado á Sicilia. Era en una época de escasez de granos y desde que la Italia toda se habia convertido en dehesas—ya hablaremos en breve de esa conversion—la Sicilia habia llegado á ser el granero de Roma. Ciceron instó á los sicilianos para que enviasen su trigo á Italia, y á causa de aquella insistencia empezó á observar cierto desvío de parte de sus subordinados; pero cuando estos vieron su actividad, su justicia, su humanidad, y sobre todo, su desinterés—cosa bastante rara en tiempo de Verres—volvieron á su

ollador y le prodigaron no solo su estimación, sino también su afecto.

Volvia, pues, de Sicilia, contento de sí mismo, después de haber hecho todo el bien que le habia sido posible, habiendo quedado brillantemente en tres ó cuatro causas que habia defendido, creyendo, en fin, que el ruido de sus actos en la Isla se habia extendido por el mundo entero; y que iba á hallar al Senado esperándolo á las puertas de Roma, cuando al atravesar la Campania encontró á un amigo que lo reconoció y se dirigió á él con la sonrisa en los labios y la mano abierta.

Después de los primeros cumplidos: «¿Vaya! exclamó Ciceron, ¿qué se dice en Roma de mi elocuencia y qué se piensa de mi conducta durante los dos años que estado ausente?»

«¿Cómo! ¿Has estado fuera?» contestó el amigo. «Yo creia que no habias salido de Roma.»

Aquella respuesta hubiera curado á Ciceron de la vanidad, si la vanidad no fuera una enfermedad incurable.

Ademas, pronto debía presentarsele una ocasion que diera rienda suelta á aquella vanidad.

En cuanto llegó á Roma acusó á Verres y lo hizo condenar á setecientas cincuenta mil dracmas de multa y al destierro. La multa era una broma, pero

el destierro era cosa seria. Habia que contar también el ejemplo, la humillacion, la vergüenza.

Bien es verdad que para los pícaros no hay vergüenza que valga.

Aquel triunfo puso á Ciceron á la moda.

«Tuvo, dice Plutarco, una córte casi tan numerosa á causa de su talento, como Craso á causa de sus millones y Pompeyo á causa de su poder.»

Por entonces empezó á hablarse de la conspiracion de Catilina.

Después de haber visto quiénes eran Pompeyo, Craso y Ciceron, veamos quién era Catilina.—Ya sabemos quién era César.